

La Escultura y la Pintura en el Museo del Ejército

FRANCISCO JOSÉ PORTELA SANDOVAL

Debo expresar en primer lugar el honor que constituye para mí el poder participar en este curso encaminado a la conmemoración del bicentenario del Museo de Historia Militar, teniendo a mi cargo el comentario de una parcela muy interesante, aunque tal vez no fundamental, del Museo, como son las esculturas y las pinturas que aquí se guardan.

En cuanto a la razón de que estas obras se encuentren aquí, cabe decir que lo importante no es tanto el valor artístico, que sería el principal aspecto a considerar en un Museo de Bellas Artes, sino el valor testimonial de representación del personaje o del hecho militar que se conmemora o se representa. A veces, el primero no es grande, pero otros muchos ejemplos de nuestro Museo sí tienen considerable valor artístico, como intentaré poner de manifiesto tanto en esculturas como en pinturas.

LA ESCULTURA

Las representaciones escultóricas conservadas en las salas del Museo son, sobre todo, retratos y bocetos de monumentos. En los primeros destaca la minuciosidad en el tratamiento de rostros y, en particular, de uniformes y condecoraciones, que es en lo que radica buena parte del tópico realismo español. Del segundo apartado sobresalen los numerosos bocetos salidos de las manos del valenciano Mariano Benlliure, cuya producción no puede ser estudiada sin tener en cuenta la multitud de obras conservadas en Madrid.

A través de estas piezas cabe la posibilidad de trazar una panorámica de

* Catedrático de Historia del Arte.

la escultura española figurativa de los siglos XIX y XX, y es lo que vamos a intentar hacer para establecer un hilo conductor en nuestra intervención.

De las aproximadamente ciento sesenta obras de diferentes materiales que atesora el Museo, entre las que abundan bronce y hierros, aunque también hay algunas escayolas y barro, las piezas más antiguas son las seis grandes figuras de piedra caliza de Colmenar (4,60 metros de altura) que se encuentran en la terraza exterior desde 1880 y que son depósito del Museo del Prado¹, a cuyo poder llegaron procedentes de la decoración exterior del Palacio Real de Madrid, al igual que otras hoy repartidas por distintos lugares de la Villa y Corte y de otras capitales. Representan a dos monarcas visigodos, a dos reyes astur-leoneses y a otros dos reyes de la Casa de Austria, uno de los cuales es Felipe IV, el soberano que utilizó este mismo edificio del Museo, único resto subsistente del antiguo palacio del Buen Retiro. Las seis son obra de mediados del siglo XVIII y fueron ejecutadas por diferentes artistas del foco cortesano, destacando la del rey Felipe IV, obra de Luis Salvador Carmona.

Ya del siglo XIX es muy abundante la representación de los principales escultores de la época de Isabel II. Así, Francisco Pérez del Valle (1804-1884) es el autor de un busto del mariscal Elorza, fundido en bronce (n.º 24.121), así como de otros fundidos en hierro en la Fábrica de Trubia, cuya producción ha sido muy bien estudiada por Roberto Suárez². Por él sabemos que entre 1846 y 1856, en Trubia se fundieron numerosos bustos y otras esculturas, de entre los que podrían ser originales de Pérez del Valle los del general Torrijos (n.º 24.122) y también el del rey consorte Don Francisco de Asís (n.º 24.118), que fue fundido bajo la dirección de Carlos Bertrand. De otra parte, consta que fueron fundidos, siguiendo también originales de Pérez del Valle, los retratos de los generales Queipo de Llano, conde de Toreno (n.º 24.131); Pezuela, marqués de Viluma (n.º 24.132); Azpiroz (n.º 4.135) y Morla (n.º 4.139), cincelados unos por Beregenet y el último por Délmez.

Por otro lado, al riojano Francisco Elías Vallejo (1782-1858) adjudica Roberto Suárez, siguiendo a Pardo Canalís, el busto juvenil en bronce de la reina Isabel II (n.º 24.119), que está considerado como el primer busto obtenido en la Fábrica de Trubia, fundido por Carlos Bertrand en 1846. Del mismo autor es también un busto del general Pezuela (n.º 24.113).

Más decididamente romántico fue el valenciano José Piquer y Duart (1806-1871), que realizó varios retratos de intenso tratamiento psicológico, cuales los conservados en el Museo de la Real Academia de San Fernando y en este Museo del Ejército, como los que, ya en bronce o ya en hierro, fueron

¹ Para mayor información acerca de las piezas pertenecientes al Museo del Prado, cfr. «El Prado disperso. Cuadros depositados en Madrid. VIII», *Boletín del Museo del Prado*, n.º 8, 1982, pp. 119-125.

² Roberto Suárez Menéndez, *Fábrica de Trubia. 1794-1987. Historia y producción artística*, Carreño, 1993.

fundidos en la Fábrica de Trubia con la colaboración de los cinceladores Delmez o Beregenet y representan con gran lujo de detalles en uniformes y condecoraciones a los generales Carlos y Leopoldo O'Donnell (n.º 4.137 y 41.107), Castaños (n.º 41.165), García Loygorri (n.º 42.186), Serrano (n.º 4.127), Oms y Sahta Pau (n.º 4.136), Espartero (n.º 40.941) y también a su esposa, la princesa de Vergara y duquesa de la Victoria (n.º 40.555), Espoz y Mina (n.º 40.295), Ros de Olano (n.º 24.106 y 41.105), Elorza (n.º 789) y al marqués del Duero (n.º 24.125), así como a Daoíz (n.º 40.976?) o a la Infanta Luisa Fernanda (n.º 40.122) y al duque de Montpensier o al general Evaristo San Miguel (n.º 24.100).

En cuanto al cordobés José Tomás y Genovés (h. 1792-1848), más barroco que puramente neoclásico, en el Museo se guarda un busto bronceo de Cervantes, no firmado, pero que es posible atribuírselo.

Fluctuante todavía entre el neoclasicismo y el romanticismo, el madrileño Sabino de Medina (1814-1888) desarrolló una fecunda actividad en el campo del retrato, siendo buena muestra la pequeña figura (n.º 40.338) que representa al general Diego de León de cuerpo entero, y que fue cincelada en hierro en la Fábrica de Trubia, mostrando al famoso militar en una pose entre artificiosa y altiva.

Por su parte, el tarraconense Andrés Aleu Teixidor (1832-1901) es el autor del modelo ecuestre del monumento dedicado en Madrid al general Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, del que el Museo guarda un vaciado en bronce fundido en Trubia en 1947.

A su vez, retrato ecuestre es el del general Espartero que fue realizado hacia 1840 por encargo del Ayuntamiento de Madrid, para conmemorar la batalla de Morella y que tiene la peculiaridad de estar cincelado en plata³.

Un paso adelante supone la actividad del sevillano Antonio Susillo (1857-1896), autor del boceto —ahora en el Alcázar de Toledo— que, en 1885, sirvió de modelo para la convocatoria del concurso dedicado a levantar en Madrid un monumento a los Mártires de la Independencia. Vaciado hoy en bronce desde el barro original de Aniceto Marinastque se levanta en los jardines contiguos al Templo de Debod, la pieza muestra a Daoíz y Velarde reclinados sobre una enseña y protegidos por un ángel, sin que falte Manuela Malasaña.

Del italiano Emmanuele Pannini, que estuvo en España entre 1880 y 1884 realizando diversos bustos de la Familia Real, es el espléndido busto en mármol de la reina Isabel II que, trabajado en 1880, luce en el Salón de Reinos, tocada la soberana con una gran corona real.

El barcelonés Venancio Vallmitjana (1828-1919) realizó la estatua ecues-

³ María Luisa González Alonso, «Una escultura de plata en el Museo del Ejército», *Militaria*, n.º 6, 1994, pp. 25-35.

tre de Hernán Cortés que se encuentra en la Sala de Ultramar, pieza que destaca por el extraordinario realismo del rostro del conquistador.

Del muy poco conocido escultor Martínez Carbonero es el busto de la Frontera y a Vasco Núñez de Balboa en Panamá (1924). A todo ello hay que sumar los excelentes retratos de los generales Contreras (1916), Weyler (1922) y Sanjurjo —éste realizado mediante fotografías por encargo del Casino de Madrid— y hasta uno de medio cuerpo del propio rey Alfonso XIII, y magníficas y elegantes representaciones ecuestres de los reyes Alfonso XII, Alfonso XIII —ésta encargada por el Ayuntamiento de Madrid en 1905 con ocasión de la visita a España del presidente francés Emile Loubet— y de la reina Victoria Eugenia (1922), todos ellos ya estudiados por Pilar Cabezón⁴. También de Benlliure es el boceto de un monumento ecuestre dedicado al general Franco, realizado en 1940 (Antesala de Laureados) y que llegó al Museo procedente del Palacio de El Pardo.

No menos importante, si bien nunca tan celebrado como Benlliure, fue el asturiano Julio González Pola (h. 1860-1929), autor de numerosos monumentos dedicados a personajes o acontecimientos militares en Madrid y en otras ciudades. A él se deben dos piezas pertenecientes al Museo y conservadas ahora en Toledo: el grupo titulado «No importa», en el que se reflejan plásticamente las Ordenanzas Militares cuando indican que el oficial que tuviese orden absoluta de conservar su puesto a todo trance, lo hará, que está modelada en yeso; y el grupo dedicado a la Patria, que parece la interpretación escultórica del himno de la Infantería, con la Patria agradecida besando en la frente al militar caído en tierra por defenderla⁵. A propósito de González Pola, el Museo posee un relieve (n.º 31.235) con un yacente en bronce que representa a Julio Benítez y que podría ser obra suya, aunque fundida por Eduardo Capa, como el monumento dedicado en Málaga al héroe de Igueriben.

A Federico Coullaut-Valera Mendigutía (1912-1989) corresponde la imagen en bronce de San Fernando, patrón del Cuerpo de Ingenieros, no demasiado afortunada de ejecución.

De Virgilio Garrán Rico, militar y artista, es la pequeña figura del general Miguel Primo de Rivera (Sala de África siglo xx).

Al valenciano José Capuz Mamano (1884-1964) y al vallisoletano Moisés de Huerta (1881-1962) pertenece la ejecución de la pequeña estatua ecuestre de Don Alfonso XIII (ahora también en Toledo), vestido con el uniforme de húsares de Pavía y montando al paso. Está firmado en Roma en 1911 y dedicado a S. M. por el duque de San Pedro de Galatino. Del también valencia-

⁴ M.ª Pilar Cabezón Pérez, «Mariano Benlliure en el Museo del Ejército», *Militaria*, n.º 2, 1990, pp. 13-33.

⁵ Francisco José Portela Sandoval, «Julio González Pola y la escultura conmemorativa española en los albores del siglo xx», *El Museo de Pontevedra*, XXXIX, 1985, pp. 265-288.

no Vicente Navarro Romero (1888-?) es el grupo de bronce conmemorativo del Desembarco de Alhucemas, en 1925.

Por otro lado, Sánchez Colominas es el autor de un retrato del general Franco, fundido en Trubia en 1947 según el modelo original en escayola.

Del abulense Santiago de Santiago (n.º 1.925) también hay varias piezas en el Museo, como la mascarilla y las manos de Franco en su lecho de muerte; una figura en pie y en traje de campaña del mismo Franco y un busto de la reina Doña Sofía, así como el boceto de un monumento dedicado a Gregorio Catalá, el héroe de Baler (Sala de Ultramar).

De Carlos Beltrán son dos retratos de laureados (Mayoral Massot y Carlos Haya), así como un busto del rey Don Juan Carlos I, las tres obras en bronce, pero la última de los tiempos en que todavía era Príncipe de España. Y a Carlos Marinas se debe la escultura que representa al general Millán Astray (ahora en el Alcázar de Toledo), de novedoso aspecto con una curiosa combinación de bronce, latón, hierro y cobre y con un llamativo contraste entre las formas acabadas y otras como rugosas.

Y de Luis Sánchez López, escultor contemporáneo especializado en figuras militares de tratamiento rugoso y casi expresionista, es el retrato de S. M. Don Juan Carlos I, fechado en 1984, digno colofón a nuestro recorrido por la colección de esculturas del Museo.

Sin embargo, hay que mencionar, por último, la existencia de varios bustos y relieves de autores menos destacados, pero que hemos de omitir en aras de la brevedad, aunque sin olvidar la presencia de otras varias piezas de autor anónimo, que poseen asimismo gran interés iconográfico y conmemorativo.

LA PINTURA

Pasemos ahora a considerar las pinturas, que, en número cercano a las 600, permiten trazar un panorama bastante completo de la pintura figurativa española desde el siglo XVI al XX, aun cuando en ocasiones sea a través de copias modernas. Pero lo importante no es tanto el valor artístico de los lienzos, como sí el carácter histórico y documental para dar testimonio del aspecto de los más destacados militares de otros tiempos, como para ambientar las salas en las que cuelgan.

En cuanto a la procedencia de las pinturas, hay que indicar en primer lugar que unas cuantas —alrededor de una veintena— son depósito del Museo del Prado, pero la mayor parte han llegado al Museo del Ejército desde los antiguos de Artillería, Infantería, Ingenieros o Caballería, desde el Cuerpo de Inválidos y desde el antiguo Ministerio de la Guerra, sin que falten varias donaciones particulares.

Para mayor facilidad en captar la evolución de la estética pictórica, hemos

preferido trazar un itinerario cronológico, por lo que hemos de abrir nuestro recorrido con las copias de la *Alocución del marqués del Vasto* y del *retrato de Carlos V* del Tiziano, realizadas por el gaditano Rafael Argelés Escriche (n.º 1894) según los originales conservados en el Museo del Prado; y con dos lienzos de anónimo artista italiano que, depositados asimismo por el Museo del Prado, representan a Galeazo Visconti y a Juan Galeazo Sforza, duques de Milán. Seguirían luego la copia del *Retrato ecuestre del conde de Osuna*, del flamenco Van Dyck, también realizada por Argelés según el original del Museo del Louvre; y unos mediocres lienzos anónimos franceses que representan a Luis XV niño, y a Federico II de Prusia, depositados ambos por el Prado.

Y ahora hay que detenerse a comentar que, entre originales y copias, es posible en cierta medida recordar cómo sería el aspecto antiguo del Salón de Reinos y de las principales estancias del palacio del Buen Retiro cuando lo ocupaba la corte de Felipe IV. De ese momento son el *Ataulfo* que, pintado por Vicente Carducho (1576-1638), decora hoy la Escalera Real y procede de la serie de reyes godos pintados hacia 1635 para este palacio; es depósito del Prado y mide poco más de dos metros de altura. Forma pareja con el *Eurico* de Andrés López Polanco (+1639), colgado en el mismo lugar y también con los cuadros que, en el Vestíbulo del Museo, representan a *Teodorico*, pintado por Félix Castello (1595-1651) y a *Alarico*, por Jusepe Leonardo (1605-1648).

Pero más importante en el ornato del Buen Retiro era la serie de lienzos con temas históricos o de batallas, que cubrían las paredes del Salón de Reinos, y entre los que se encontraban las famosas «Lanzas» de Velázquez. Del conjunto, bien estudiado, entre otros, por el general Castrillo⁶ desde el punto de vista de lo que suponía el hecho militar como ejemplo del poder y la gloria de Felipe IV, hoy cuelgan en las paredes del Museo varias copias de algunos de los originales que conserva el Prado y que fueron realizadas en 1634 por Francisco Zurbarán (Defensa de Cádiz contra los ingleses), Eugenio Caxés (Defensa de San Juan de Puerto Rico frente a los holandeses) y Jusepe Leonardo (Toma de Brisach por el duque de Feria), realizada por el pintor Jesús Molina a mediados de la presente centuria, debiéndose a Julio Barrera la copia del Socorro de Constanza que para este lugar pintara Vicente Carducho. Sí, en cambio, es original de Vicente Carducho y pintado en 1602 el cuadro de *La toma de la villa de Antequera* (141 × 407 cm), que es depósito del Museo del Prado y que se daba como perdido durante la Guerra Civil, en cuyo amplio lienzo se desarrolla un tema bélico del siglo xv.

De notable interés histórico y, sobre todo, documental es el óleo que representa una panorámica de la Villa Imperial de Potosí y que está fechado en 1775.

⁶ Francisco Castrillo Mazerés, «El Salón de Reinos y la monarquía militar de los Austrias», *Militaria*, n.º 2, 1990, pp. 43-66.



Detalle de la conquista de Antequera. Carducho. (Depósito del Museo del Prado) «La Toma de Antequera.» Vicente Carducho, 1602.

Obra dieciochesca de mediocre calidad es el retrato de Don Martín de Mayorga realizado por José Alcibar (1730-1803), que pertenece al Museo del Prado y se encuentra desde 1979 en el Alcázar toledano.

El estilo del célebre aragonés Francisco de Goya (1746-1828) queda patente en la copia de su famoso retrato del general Urrutia que conserva el Museo del Prado.

Por su parte, del valenciano Vicente López (1772-1850), pintor de las cortes de Carlos IV y Fernando VII, guarda nuestro Museo un excelente retrato de don Francisco Javier Girón, duque de Ahumada, fundador y primer Inspector General de la Guardia Civil en 1844, que procede de la Dirección General del benemérito cuerpo. Al mismo Vicente López se atribuye un retrato de Isabel II, niña, del que existen réplicas en otros varios edificios oficiales y que bien merecería ser obra suya. Sí parece obra indudable del pintor valenciano el retrato del general Navarro Sangrán, fundador del Museo, que cuelga en la Escalera Real; y estamos seguros de que también lo será, o al menos refleja perfectamente su estilo, el excelente retrato del ingeniero Don An-

tonio Zarco del Valle, pleno de fuerza y psicología. Copias de lienzos del artista valenciano son, a su vez, la del retrato del general Narváez, realizada por Jesús Molina siguiendo el original guardado en el Palacio Real, y el del Teniente General Téllez de Girón, realizada por artista desconocido.

Depósito del Prado es el retrato del general Castaños, obra no muy afortunada (pésima, según Gaya Nuño) del neoclásico José Aparicio (1773-1838).

Al francés Horace Vernet (1789-1863) se debe el retrato del teniente general Pablo Morillo, conde de Cartagena y marqués de la Puerta, que cuelga en la Saleta de la Reina.

De los mismos momentos serán los retratos pintados por el gaditano Javier de Urrutia, pintor y teórico de arte activo entre los primeros años del XIX y 1869, que representan al mariscal don Serafín de Soto, conde de Clonard, famoso ingeniero, especialmente el que se conserva en el Salón de Reinos (1839).

Del sevillano Joaquín Domínguez Bécquer (1817-1879), tío del famoso poeta Gustavo Adolfo, es el lienzo titulado *La paz de los marroquíes*, cuyo original se conserva en el Ayuntamiento de Sevilla y que aquí luce en una copia realizada en 1880 por J. Chávez, en la que aparecen el general O'Donnell y Muley-Abbas en una composición un tanto artificiosa, pero documentada directamente en tierras marroquíes.

El también sevillano José Gutiérrez de la Vega (h. 1805-1865) es el autor de varios retratos, todos ellos firmados, en los que se ofrece una selecta galería de la milicia española del pasado siglo, introduciendo en ellos el eco de la pintura británica, traducido en poses elegantes y toques sueltos de color. Así, el mariscal Manuel Fernández y Rodríguez (n.º 20.041), pintado en 1851, justamente un año antes de su fallecimiento; el mariscal Ramón Boiguez y Bigur, laureado en las guerras carlistas; el mariscal Francisco Linage, secretario del general Espartero en los episodios carlistas; el capitán general José Ramón Rodil y Galoso, marqués de Rodil, diputado y senador; el teniente general Soria Fernández Quintanilla, destacado participante en la guerra de la Independencia y en las carlistas; el general Francisco de Paula Alcalá, muy activo en la lucha contra los franceses; y el capitán general Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, que consiguió cinco veces la Laureada, aquí retratado en 1854. Poco valorados y bastante menos conocidos, no son, en modo alguno, malos retratos, aunque en ellos Gutiérrez de la Vega no alcanzase a poner la nota elegante de sus modelos femeninos.

Por su parte, a los pinceles del sevillano Antonio María Esquivel (1806-1857), romántico como pocos, se debe el retrato de la reina doña María Cristina de Borbón, cuarta esposa de Fernando VII (n.º 963), obra de correcto dibujo y exquisita pureza de líneas, aunque también ha sido puesta en relación con el pintor canario Luis de la Cruz y Ríos (1776-1853), siendo copia debida a J. Mantis el lienzo que muestra al general Cortínez Espinosa, destacado ingeniero.

Discípulo de Esquivel fue el también sevillano Manuel de Ojeda y Siles, autor de varios retratos de generales conservados en este Museo.

Del madrileño Nicolás Gato de Lema (1820-1883), alumno de Vicente López, es el retrato del general Fulgoso y Villavicencio, realizado en 1848, precisamente el año en que falleció el militar con ocasión de los sucesos acaecidos en Madrid.

De la misma época es un desconocido Juan Llácer, autor del retrato fechado en 1848 que representa al marqués de la Reunión, fundador y director del Colegio General Militar en 1824.

Romántico, pero dotado de un estilo académico con acusado influjo francés que lo hizo muy peculiar y le llevó a cosechar notorios éxitos en el campo del retrato, Federico de Madrazo y Kuntz (1815-1894), que fue Primer Pintor de Cámara, Director de la Real Academia de San Fernando y Director del Museo del Prado, es el autor del excelente retrato de la reina Isabel II (Sala de Sanidad), que procede del Hospital Militar «Gómez Ulla» y fue pintado, al parecer, por encargo del Ministerio de la Guerra, aunque también se dice que fue regalado por Don Francisco de Asís.

De su hermano Luis de Madrazo (1825-1897) es el retrato del teniente general Contreras y Martínez, bueno aunque inferior a los de su hermano Federico.

El romanticismo purista fue también cultivado por Carlos Luis de Ribera (1815-1891), de quien es el abocetado retrato de don Agustín Fernando Muñoz, duque de Riansares, esposo de la reina María Cristina, la viuda de Fernando VII. Viste uniforme de Guardia de Corps y consta que fue donado al Museo en 1940 por el marqués de la Vega Inclán.

Y del madrileño Manuel Castellano (1828-1880), discípulo de Carlos Luis de Ribera, es el retrato del brigadier don Juan Barbaza y Fernández Sopena, laureado artillero al que retrató en 1867; pero su obra más conocida es el *Juramento a las banderas por la división española en Dinamarca mandada por el marqués de la Romana*, que cuelga en la Saleta de la Reina y en el que se plasma el acontecimiento vivido en 1808 por los expedicionarios españoles que prestaron juramento de fidelidad a la bandera por propia disciplina y sin saber si representaba al rey Fernando VII o a José I. También en la antecámara de Laureados cuelga una copia realizada por Antonio Álvarez de su conocido lienzo *La defensa del parque de Monteleón*.

Ya en la época de Isabel II inició su andadura el género histórico o de la pintura de historia, que iría parejo en su desarrollo al de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. En ese terreno, más atento al realismo en la plasmación de vestimentas y armas que a otros detalles, destacaron numerosos artistas que están representados en el Museo bien a través de obras originales o de copias. La temática se anticipaba ya en el cuadro de *Francisco I prisionero, desembarcando en Valencia* (n.º 717), realizado por Joaquín Cortés y Bau, pintor activo entre los años finales del siglo XVIII y su muerte en 1835, habiendo sido director de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla.

Depósito del Museo del Prado es la *Entrevista de Cristóbal Colón con los Reyes Católicos en Barcelona*, realizada por Francisco García Ibáñez (1825-?), que parece más preocupado por la captación del ambiente cual paisajista.

Uno de los más destacados pintores de temas de historia fue el palentino José Casado del Alisal (1831-1886), de cuyo conocido lienzo de *La rendición de Bailén*, pintado en 1864 con evidentes recuerdos velazqueños, conserva este Museo una buena copia realizada en 1879 por el murciano José María Alarcón.

El barcelonés Francisco Sans y Cabot (1828-1881) (autor también de un buen retrato del general Diego de León, pintó en 1866 una excelente representación de la *Batalla de los Castillejos* que había tenido lugar en tierras africanas en 1860, aunque bastante alejada del rico cromatismo y luminosidad de las cuadros de Mariano Fortuny.

Precisamente, del catalán Mariano Fortuny (1838-1874) ha ingresado recientemente en el Museo un pequeño retrato a la acuarela del coronel Gaminde, dedicado por el artista gerundense en 1860, a poco de su llegada a Tetuán becado por la Diputación de Barcelona para convertirse en cronista gráfico de la participación de los voluntarios catalanes en la guerra de Marruecos, de la que dejaría magistrales versiones de las batallas de Tetuán y Wad-Ras.

Y ya que se mencionan las batallas africanas hay que destacar que aquí se conserva una excelente *Batalla de Tetuán* pintada en 1870 por el madrileño Vicente Palmaroli y González (1834-1896), que llegó a ser director del Mu-



La batalla de los Castillejos. Francisco Sans Cabot, 1866.

seo del Prado, pintura que fue regalada al Museo por la duquesa viuda de Fernán Núñez, cuyo esposo la encargara al pintor. Es obra colorista que habla bien de las dotes de maestro de Palmaroli.

Personaje destacado de los años medios del pasado siglo fue el general Prim, de cuyo excelente retrato ecuestre pintado por el francés Henri Regnault, que se conserva en el Museo del Louvre, se guarda aquí una buena copia debida a los pinceles de Rafael Argelés.

De la breve etapa de Amadeo de Saboya queda un excelente retrato del soberano llegado de Italia al trono español, que es depósito del Museo del Prado y que, aunque no está firmado, muy bien pudiera deberse a la mano del alicantino Antonio Gisbert (1834-1902), al que corresponde un magnífico retrato de cuerpo entero y grandes dimensiones que conserva la Universidad Complutense de Madrid.

Más tarde, durante la Restauración alfonsina, se realizaron numerosos retratos de Don Alfonso XII y de su segunda esposa Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, algunos de los cuales cuelgan en las paredes de nuestro Museo. El monarca aparece representado en el buen retrato que, con uniforme de Caballería, realizara en 1877 el palentino Serafín Martínez del Rincón y Trives (1840-1890), que llegó a ser director de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz.

De la reina es el realizado por el madrileño Joaquín María Herrero y Rodríguez (1891-1976), lienzo de grandes dimensiones —casi 2,5 metros de altura—, pero de triste entonación algo aligerada por la consola con el león dorado en que apoya la reina.

El mismo personaje femenino regio luce en el retrato que cabe adjudicar al artista filipino Juan Luna y Novicio (1857-1900), que logró primera medalla en el certamen nacional de 1884, cinco años antes de haber firmado este retrato de sobrio aspecto con una reina de recién estrenada viudedad. El mismo Luna es asimismo el autor de un buen retrato del general Fernando Primo de Rivera, primer marqués de Estella.

También la reina María Cristina aparece en el retrato en el que sostiene a su hijo Alfonso XIII en brazos, realizado por el artista cubano Manuel Wssel de Guimbarda (1830-1907), lienzo (Salón de Reinos) del que este Museo también conserva una copia. El mismo artista es, a su vez, autor de otros tres retratos de militares, uno de ellos del Teniente General Dabán (Saleta de la Reina).

Continuador del estilo paterno, pero más a tono con los gustos de la burguesía, Ricardo de Madrazo y Garreta (1852-1917) muestra en el retrato del coronel Cristóbal de Mondragón (Salón de Reinos) sus dotes de buen pintor al representar al famoso militar que había intervenido en la célebre batalla de Mülberg con Carlos V.

Por su parte, el madrileño José Sánchez Pescador (1839-1887), también discípulo de Federico de Madrazo, realizó el excelente retrato del general

conde de Gazola (Sala de Artillería), fundador del Colegio Militar de Segovia e Inspector General de Artillería, que está pintado en 1880, cien años después de la muerte del ilustre artillero. También fue autor en 1880 del retrato que muestra a don Francisco Ramírez de Madrid, más conocido como «El Artillero», el esposo de la famosa Beatriz Galindo, «la Latina», ambos conocidos personajes del siglo XVI madrileño. En el Museo hay otros varios retratos de su mano.

De José Álvarez de la Escosura, pintor de finales del siglo XIX, es el retrato del marqués de la Cenía; y de un tal Estevan, que podría ser el salmantino Enrique Estevan y Vicente (1849-1927), es el retrato del general Narváez, duque de Valencia, que está fechado en 1889. A su vez, de un desconocido I. Lavarón son el retrato del general Espartero y el del general marqués de Sierra Bullones, que fuera ministro de la Guerra en 1888.

La alta calidad acostumbrada en la pintura del alicantino Francisco Jover y Casanova (1836-1890) presenta el retrato del maestre de campo Don Luis de Requeséns, fechado en 1884 y presentado en la Exposición Nacional del mismo año, que muestra al famoso general de la época de Felipe II y una de las figuras más destacadas en la victoria naval de Lepanto; es depósito del Museo del Prado.

El valenciano Salvador Martínez Cubells (1845-1914) firma el retrato del teniente general Alaminos y de Vivar, destacado participante en las guerras carlistas, que está fechado en 1890 (Escalera sur).

El barcelonés Gabriel Maureta y Aracil (1832-1912), más conocido por sus temas de historia, llevó a cabo el retrato del general de Ingenieros Rojo y García, al tiempo que el tarraconense Francisco Galofre y Oller (1865-1942) fue el autor de los retratos de los generales Orgaz y Ros de Olano, este último el creador de la prenda de cabeza tan usada por la Infantería española.

Por su parte, el palentino Eugenio Oliva y Rodrigo (1857-1925) está representado en el Museo por los retratos del capitán Gutiérrez de los Ríos, realizado en 1895, y del capitán Pedro Velarde, el conocido héroe de la Guerra de la Independencia, así como por una pequeña composición titulada *Lección de Geografía* (n.º 832), también conocida como Plan de campaña, que está pintada en Roma con precisión de miniaturista, siendo depósito del Museo del Prado.

El burgalés Dióscoro Teófilo de la Puebla y Tolín (1832-1901), más dedicado siempre a la pintura de tema histórico, es el autor del grandioso retrato del Capitán General O'Donnell, conde de Lucena y duque de Tetuán, realizado en 1872 y en el que el conocido militar monta a caballo (Saleta de la Reina).

Activo por los mismos años, un tal Rafael Padrós realizó en 1879, y en Logroño, la escena histórica dedicada a mostrar al general *Espartero en su lecho de muerte* (Saleta de la Reina).

El andaluz Manuel Ramírez Ibáñez (1856-1925) pintó a su vez la *Muer-*

te de Francisco Pizarro en 1877, habiendo alcanzado la Tercera Medalla en la Exposición Nacional del siguiente año por esta composición muy reproducida en los textos históricos y que es depósito del Museo del Prado, cuyo tétrico aspecto y apagado cromatismo se corresponden muy bien con el tema representado.

El madrileño Ubaldo Fuentes y Redondo, pintor activo entre los años finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, es el autor de otro lienzo depositado por el Museo del Prado de trágico tema y triste entonación: *Patria y Fe*, realizado en 1901 y con el que consiguió la Segunda Medalla en la Nacional de Bellas Artes de ese mismo año.

Pero no toda la pintura de estos últimos momentos de la pasada centuria fue así de triste y apagada de color, pues de los mismos tiempos es la representación de *La batalla de Treviño*, firmada en 1895 por el palentino Eduardo Banda y Pineda, escena dinámica y colorista que refiere uno de los más destacados episodios de las guerras carlistas desarrollado en 1873 (Sala de Caballería). Del mismo autor, pero firmada algo antes, en 1887 concretamente, es otra escena de las mismas guerras titulada *El convoy* (Saleta de la Reina), de parecidas características.

Y no podía faltar en el Museo de Historia Militar una representación del buen hacer pictórico del catalán José Cusachs y Cusachs (1851-1908), militar —fue capitán de Artillería— y pintor, que supo plasmar en sus composiciones todo el sentido castrense del orden y la disciplina, con gran atención a los uniformes y al armamento, así como a las actuaciones en campo abierto, muy especialmente de Artillería y Caballería, habiendo destacado como pintor de caballos. Sus cuadros, como *Salida en batería* (n.º 1.950), de 1896, de pre-



«La batalla de Treviño». Eduardo Banda y Pineda, 1895.

ciosista factura y gran atención a los efectos lumínicos, vienen alcanzando elevadas cotizaciones en las últimas subastas.

Ya de nuestro siglo, las salas del Museo cuentan con numerosos retratos y algunas escenas históricas que reflejan los diferentes lenguajes pictóricos que ha seguido la pintura figurativa, aunque siempre con especial atención a determinados convencionalismos de obligado cumplimiento en el campo del retrato, en particular. Así, el almeriense José Díaz Molina, discípulo de Palmaroli, firmó en 1904 el retrato del marqués de Sotomayor, coronel de la Escolta Real, todavía muy en la línea estilística de las últimas décadas del siglo anterior.

Pintor y también militar de profesión —llegó a ser general de la Guardia Civil—, el coruñés Víctor Morelli (1860-1936) cuenta con una amplia representación en el Museo de su actividad retratística; son obra suya los retratos del general Castaños (Saleta de la Reina), capitán general García y Salcedo, de 1913; y teniente general conde de Serrallo, ministro de la Guerra y Jefe de la Casa Militar del rey Alfonso XIII (escalera norte), así como otros de varios militares de los momentos de tránsito de una a otra centuria. Asimismo se deben a Morelli una escena de *Guardia Civil a caballo* y un pasaje de la *Batalla de Castellfullit* (n.º 562), que se desarrolló en 1874 con la muerte del capitán Temprado y que él pintó en 1895 (Sala de Artillería).

Domingo Muñoz Cuesta (1850-1935), que se especializó en la plasmación de temas militares en la línea de Cusachs, por ejemplo, es el autor del cuadro titulado *Un tambor de Ingenieros*, que presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1922.

A su vez, el malagueño José Moreno Carbonero (1860-1942), también muy entregado a la pintura de asunto histórico y que fue uno de los más solicitados retratistas de su tiempo, está aquí representado por un preciosista retrato de S.A.R. Don Cayetano María Federico de Borbón, conde de Girgenti, que fuera coronel del regimiento de Húsares y esposo de la Infanta Isabel (La Chata) y que cuelga en la Sala de Caballería. El lienzo (n.º 700) está pintado en 1929, aun cuando el personaje se había suicidado en 1871.

Kaulak, el conocido fotógrafo de la Casa Real, realizó en 1914 el retrato de la reina Doña Victoria Eugenia que cuelga en el Salón de Reinos.

El madrileño Juan Francés (1873-1954), hijo y discípulo de Plácido Francés, llevó a cabo en 1915 el retrato del rey Don Alfonso XIII con uniforme de coronel de Húsares teniendo como fondo los jardines del Palacio Real. El mismo artista realizaría en 1941 el retrato del general José Moscardó Ituarte, el héroe del Alcázar de Toledo.

Precisamente, *El Alcázar de Toledo* es el título de un lienzo pintado hacia 1940 por César Álvarez Dumont (1866-1945), siempre más atento al tema militar relacionado con la guerra de la Independencia, pero que aquí presenta el antes y el después del conocido recinto toledano tras el asedio sufrido durante la Guerra Civil, con sobria entonación y apurado dibujo.



Estatua ecuestre de la reina Victoria Eugenia. Mariano Benlliure, 1922.

El zaragozano Mariano Oliver Aznar (1863-1927), especialista en el género pictórico del retrato, es uno de los pintores más ampliamente representados en el Museo con las efigies de varios militares de los primeros años del presente siglo, entre los que destacan el del general Polavieja y éste del Teniente Coronel José Ibáñez Marín, de sobria composición con la figura en posición de tres cuartos. También es suya la buena copia que posee el Museo del retrato del Duque de Alba que pintara Tiziano en el siglo xvi.

El barcelonés Cristóbal Montserrat y Jorva (1869-?) es el autor del retrato del general Álvarez de Castro, marqués de Gerona (Salón de Reinos), así como de dos asuntos históricos relacionados con los hechos de la guerra de la Independencia en tierras gerundenses: la *Muerte del general Álvarez de Castro en el castillo de Figueras* y la *Defensa de la torre de Gironella en el Sitio de Gerona*, pintado este último en 1919. También es de Montserrat el retrato del capitán general Don Valeriano Weyler, mallorquín que fue ministro de la Guerra en varias ocasiones, fechado en 1910.

Escena todavía muy decimonónica por su aspecto es la titulada *Los nuevos novios* (n.º 819), o, mejor, *Los nuevos esposos*, realizada en 1918 por el asturiano Nicolás Soria González (1882-1933), que es depósito del Prado, y en la que aparecen un oficial con su reciente esposa en un interior, habiendo sido merecedora de Tercera Medalla en la Exposición Nacional de 1920.

Obra probable del tarraconense Julio Moisés Fernández de Villasante (1888-1968) será el retrato del mariscal Rafael Menacho y Tutlló, héroe de la guerra de la Independencia (Salón de Reinos).

Un desconocido J. Mantis llevó a cabo en los años sesenta diferentes retratos de militares contemporáneos, entre los que se encuentra el del coronel Planell Ricra, destacado participante en el desembarco de Alhucemas (Sala de Laureados). También resulta poco conocido el R. Rosales que firma los retratos de varios militares.

En la Sala de Laureados cuelga el retrato del general marqués de Castejón, que alcanzó la Laureada en la isla de Cuba, cuya imagen fue pintada por el zamorano Jesús Molina García de Arias (1906-1968), que fue catedrático de la barcelonesa Escuela de Bellas Artes de San Jorge.

No podían faltar los retratos y escenas históricas relacionadas con los trágicos acontecimientos de la Guerra Civil, como los temas africanistas y la escena de *El paso del Estrecho en 1936*, realizadas por el granadino Mariano Bertuchi y Nieto (1885-1955) en los años cuarenta, que estuvo siempre muy ligado a las actividades artísticas en el Protectorado español en Marruecos.

De las mismas fechas serán los retratos de varios oficiales de la Guardia Civil, como el del Capitán Cortés, realizados por A. Castellano, de quien hemos localizado otros varios retratos en diferentes edificios del Ejército de Tierra.

El navarro Aurelio Vera Fajardo (n.º 1885) realizó varios retratos de los años cuarenta conservados en la Sala de Intendencia.

También ha llevado a cabo muchas obras pictóricas para edificios militares José Lafita Portabella, autor del retrato del general Montero Bosch en 1961 (Sala de Laureados).

El cubano Mariano Izquierdo y Vivas (1893-?) realizó la triste escena de *Los fusilamientos de Paracuellos* en 1944, y también varios retratos y temas históricos de los siglos XII, XV, XVII y XVIII, así como la copia del conocido retrato de Cervantes por Jáuregui.

Del asturiano José Ramón Zaragoza Fernández (1874-1949) es el retrato de José Antonio Primo de Rivera, fechado en 1944, de profundo realismo.

El sevillano Ricardo López Cabrera (1864-1950), muy activo en España y en la República Argentina, hizo varios retratos de militares, entre ellos uno de Francisco Franco en 1937, ejecutado a través de una fotografía.

También de Franco es el magnífico retrato (n.º 726) realizado por el gallego Fernando Álvarez de Sotomayor (1875-1960), director del Museo del Prado durante varias décadas, que, además de pintar muchos asuntos populares de su tierra natal, alcanzó gran éxito como pintor de la aristocracia y de los altos cargos de la Administración. En este lienzo, que procede del Pazo de Meirás, el general Franco aparece montado a caballo, constituyendo una pieza destacada de la iconografía del anterior Jefe del Estado, que está todavía por realizar. También se deben a los pinceles de Sotomayor los retratos del general Berenguer y del almirante Salvador Moreno (Sala de Laureados).

En esta misma Sala de Laureados cuelga el retrato del general Varela, marqués de Varela de San Fernando, pintado en 1942 por el valenciano Manuel Benedito Vives (1875-1963), discípulo del genial Sorolla, que no olvidó situar en la parte izquierda de su guerrera las dos cruces laureadas que consiguió.

También valenciano fue José Segrelles Albert (1885-1969), que pintó en 1944 el retrato del general Antonio Aranda, defensor de Oviedo, que decora la Sala de Laureados, en la que también cuelga el retrato del general Mola realizado en 1945 por un casi ignorado Ricardo Navarro Pardo.

De J. Frayzez (¿no será Francés o Frau Ruiz?) es el retrato del general Serra Algarra, de la Guardia Civil, que cuelga en la misma Sala de Laureados, habiendo alcanzado tan preciada recompensa por su actuación en Teruel durante la Guerra Civil.

Y del gaditano Agustín Segura Iglesias (1900-1988), que cultivó ampliamente el campo del retrato de corte académico al igual que su hermano Enrique, recientemente fallecido, son numerosos retratos repartidos por diferentes salas; entre ellos se encuentran los del general Cavalcanti y del general Fernández Silvestre (n.º 704) en la Sala de Caballería; los de los generales Goded y Pinilla, todos realizados a través de fotografía, y uno del general Franco, fechado en 1944 en la Sala de la Cruzada; y los de los generales Rodrigo y Queipo de Llano en esta misma Sala de Laureados, todos ellos caracterizados por el extraordinario parecido físico al personaje representado.

De un cierto José Luis de Toro es el retrato del general Gómez Zamalloa, el héroe del Pingarrón, que cuelga en la Sala de Laureados; en tanto que del coronel de Infantería y pintor José Luis Villar y Rodríguez de Castro son varias efigies de mediocre calidad que representan a diferentes heroínas (María Pita, condesa de Bureta, Manuela Malasaña, entre otras), así como varios retratos que cuelgan en la Sala de Laureados representando, entre otros, al general Izquierdo, pintado en 1951; al almirante Abarzuza, obra de 1944; y a los generales Trapote y Moreno.

Y de un cierto Carlos Vázquez, que pudiera ser el pintor manchego Carlos Vázquez Úbeda (1869-1944), es el retrato del general García Escámez, pintado en 1941, que cuelga en la misma Sala de Laureados.

Pero, tal vez, el artista de mayor calidad artística de entre los más estrictamente contemporáneos que están representados en el Museo sea el madrileño Francisco Echauz (n.º 1927), que pintó el tríptico dedicado a los tres hermanos Montel Toucet, fallecidos en la Guerra Civil, y una escena de *Caballería mora corriendo la pólvora*, en 1944, obras que ciertamente no son demasiado representativas de su buen estilo, con el que alcanzó el premio Ejército de Pintura en una ocasión.

No faltan otros muchos retratos de generales, jefes y oficiales de autor anónimo o poco conocido, así como escenas militares y de batallas, que hemos preferido omitir en aras de la claridad y a fin de evitar que nuestra colaboración se convierta en un catálogo de obras y artistas, aunque mucho nos tememos que así haya sido. Pero lo importante es poner de manifiesto que las esculturas y pinturas, si bien en una buena parte no tienen esa calidad artística que a todos nos gustaría, vienen a poner su complemento ambiental y gráfico a unas salas en las que cuelga la mejor antología de la historia militar de España.